

oscura, / y al vuelo de una perdiz / se le ha espantado la mula.

El aguilando pedimos, / no pedimos cañamones, / pedimos tortas de Pascua, / peladillas y turrones.

En el portal de Belén / gitanillos han entrado, / y al niño que está en la cuna / los pañales le han quitado.

El aguilando le pido / si usted me lo quiere dar, / porque la Pascua que viene / Dios sabe quién vivirá.

Por debajo de esta puerta / se ven los ojos de un gato, / ésta si que es buena casa / que nos dará tortas de recaó.

En el Portal de Belén / hay un tío haciendo gachas, / con la cuchara en la mano / convidando a las muchachas.

Por debajo de esta puerta / se ve un montón de ceniza, / ésta si que es buena casa / que nos darán longanizas.

Por debajo de esta puerta / se ve la luz de

un candil, / ésta si que es buena casa / que nos dará de freír.

Por la escalera baja / la que nos trae el aguilando, / se le ha figurado mucho / y lo viene repiscando.

Por la escalera baja / la que nos trae el aguilando, / un moniato cocido / ¡sopla que viene quemando!.

A esta puerta hemos llegao / cuatro amigos a cantar / abre la puerta,....., / si nos vas a convidar.

La Pascua se va y se viene, / la Pascua se viene y se va, / y nosotros nos iremos / y no volveremos más.

Esta noche es Nochebuena / y no es noche de tostones, / que ha pario la estancuera un capazo de ratones.

Esta casa es de oro / los balcones son de plata, / y la familia que hay dentro / que pase felices Pascuas.

FALGAS, O LA REALIDAD REINTERPRETADA

José Emilio Iniesta González

Falgas es un pintor profundamente honesto, comprometido desde hace muchos años con el arte, el arte auténtico, el que no conoce pedanterías, fabulaciones o coartadas “conceptuales”. Falgas pinta la realidad, la verdad, que no es poco, captando la belleza de los paisajes, la intensidad abigarrada de las ciudades y ese microcosmos que es el ser humano. Decía Vicente Aleixandre, nuestro poeta premiado con el Nobel, que todas las cosas son bellas si se las sabe nombrar con la palabra precisa; pues bien, aplicando esta reflexión a la pintura diremos que todas las cosas son bellas cuando se las representa con la forma y el color adecuados. Ahí reside uno de los secretos de la pintura de José María Falgas.

Es la de sus cuadros una realidad “reinterpretada”, reinterpretada desde la fidelidad a la belleza formal de las cosas. Pero como en el figurativismo hallamos muchos matices y niveles, debemos seña-

lar que la pintura de Falgas no se queda en una imitación servil o mecánica de la realidad, sino que su paleta aprehende, a través de las formas y la apariencia de las cosas, las sensaciones y sentimientos que laten bajo lo meramente eterno, a saber, paisajes entrañables por su exhuberancia o su desnudez, laberintos urbanos a la vez reales y soñados, el rostro humano como expresión del misterio del alma... Por eso ha destacado José María en el difícil arte del retrato con unos cuadros que superan la sequedad de la fotografía y nos descubren no sólo el físico del personaje, sino sobre todo su alma. El propio artista se expresa así en su novela “El amor de la Palmera”: *le digo que un retrato es la consecuencia de una interpretación, y que no está libre de la admiración que yo pudiera tener por el modelo*. Pero quizás la opinión que mejor expresa lo que digo es la del gran novelista yeclano, y maestro



de escritores, José Luis Castillo Puche: *entre los retratos que a mí me han hecho pintores admirables y admirados tengo una gran predilección por el de Falgas, porque él quiso ver y revelar mi "adentro" y me ha hecho reflexionar a menudo sobre el misterio que encierra todo retrato.* Creo que estas palabras, viniendo del gran maestro del que vienen (muy poco dado a adulaciones, por cierto), bastan para definir a un pintor, a un gran pintor.

Falgas pertenece a lo que bien podría llamarse "el Siglo de Oro de la Pintura Murciana", que abarca a varias generaciones de artistas que han enriquecido un panorama que hasta los comienzos del siglo XX era un tanto anodino. Hablamos de cantidad y calidad. En una tierra donde el entusiasmo es efímero (nos caracterizamos por las arrancadas de caballo y las paradas de burro), y en la que una generación no suele encontrar herederos que mantengan su impulso, el conjunto de pintores que en Murcia (ciudad y región) han desarrollado su labor en la época contemporánea mere-

ce ser destacado: Joaquín, Bonafé, Ballester, Gaya, Luzzy, Pedro Flores, Muñoz Barberán, Párraga, Aurelio, Avellaneda, Falgas, Saura Pacheco, Saura Mira, Pedro Cano, Linares, Gabarrón, etcétera. Y sé que en esta enumeración soy muy injusto porque, además de dejar en el tintero nombres importantes, no aludo a esa pléyade de escultores murcianos de magnífica trayectoria y acrisolada calidad que tanto ha enriquecido las Bellas Artes de nuestra Región.

Pero en este artículo pretendo señalar una faceta menos conocida de José M^a Falgas como es la de escritor. En efecto, estamos ante un artista que matiza con palabras sus cuadros y con líneas y colores sus palabras, en una simbiosis afortunadísima. Su novela "El amor de la palmera" es importante por muchas razones. Este espléndido relato ofrece muchas historias a la vez, perceptibles unas, las menos, y casi "invisibles otras", las más. Una novela en la que a veces hay que leer entre líneas, y he de manifestar personalmente que las páginas de "El amor de la palmera" invitan al lector a la complicidad con el novelista, a participar de un juego sutil de realidades insinuadas. Una novela de espejismos, como esos efectos ópticos que nos depara el desierto libio al que viaja su protagonista. Ya nos advierte Falgas en la contraportada que esta no es una novela de amor. No lo es, en efecto, aunque mejor sería decir que no es sólo una novela de amor. Se trata de un relato espléndido, fascinante, atípico, nada comercial, que tiene muy poco que ver con la adocenada pseudoliteratura de "best seller" que infesta los escaparates, y en cambio, ¡afortunadamente!, mucho que ver con los sentimientos, los pequeños detalles (que a menudos son los más importantes), la búsqueda del pasado eterno en el incierto presente, la sensación vívida de un paisaje poderoso vista por los ojos de un pintor y recreada por el alma de un poeta: *El amor de la palmera / es infinito. / Nace para ti / de una gota de agua. / Y se abraza al sol / para fecundar una sombra / y un fruto. / Que sean / tu reposo / y tu alimento.*

Falgas pertenece a esa raza de viajeros que aman el desierto porque son capaces de captar y comprender en él lo infinito, como el coronel Burton, como el enigmático Lawrence, o como el conde Almassy, ese “paciente inglés” que resultó ser un espía húngaro al que bien podría aplicársele el zorrillesco calificativo de “traidor, inconfeso y mártir”. En “El amor de la palmera” el autor ha escrito la novela que quería escribir, sin más atadura que su propia voluntad, su talento de artista y su capacidad de observación. Además de bucear en las pérdidas civilizaciones del Mediterráneo (el capítulo de Innana nos hace viajar en el tiempo hasta los más remotos confines de la memoria colectiva), Falgas nos ofrece una interesantísima visión de un país desconocido, fascinante, tan denostado y odiado por unos como enaltecido por otros: Libia. Lejos, muy lejos de las descalificaciones a ultranza, pero apartándose también del panegírico barato, el novelista nos da “su visión” de un país y una sociedad, con sus virtudes y defectos, con su pasado a cuestas, con su presente, con sus esperanzas de futuro... Y lo hace desde un conocimiento real, nada teórico; el conocimiento del viajero que suda agobiado por el calor, que conversa con las gentes (a veces con palabras, a veces con el lenguaje universal del gesto cuando los idiomas fallan), que sufre tormentas de arena, o se deleita con los dátiles silvestres, o se extasía ante los bellísimos amaneceres.

Esta novela no estaría del todo completa sin los excelentes dibujos y esbozos (a veces tomados rápidamente, a vuelapluma, con la frescura de una instantánea, pero que no por ello resultan menos intensos) con que su autor ilustra la andadura del relato. En otras novelas el lector ha de imaginar, guiado por la descripciones del novelista, rostros y lugares; en cambio aquí, a la par que dejamos volar la imaginación estimulados por la prosa siempre limpia y precisa de Falgas, vemos rostros, ambientes, arquitecturas que se mecen entre la realidad y el

sueño, percibimos la “nada”, la poderosa y contundente “nada” del desierto...

Complementa esta obra un cuaderno de dibujos y escenas de viajes, “Al-Yamahiria Libia: pinceladas a un viaje”, en el que Falgas pone voz y palabras a sus apuntes de pintor, al tiempo que da forma plástica a sus visiones, ensoñaciones y espejismos. Destacan en él unos preciosos relatos finales, cuentos breves que son nada más y nada menos que pinceladas literarias de calidad. No me resisto a reproducir uno de ellos, con permiso de su autor, pues en él hallamos verdadera prosa poética: *Viajábamos por una recta infinita. Cruzábamos el desierto. Bajo una luz azul radiante que se hacía ámbar al tocar la arena. El aire era cálido y seco, y enjambres de pajarillos se posaban sobre el asfalto. Uno de ellos tardó en remontar el vuelo y se destrozó en el choque. Faucí Algaidí detuvo el coche, se apeó y recogió los restos del pajarillo. Con una piedra hizo un pequeño agujero y lo enterró. No dijo nada. Nadie habló. Se sentó de nuevo ante el volante y continuamos la marcha. Yo lo miré como se mira a un amanecer.*

Valga este breve texto, desnudo de retórica pero bellísimo de factura, hondo y rico en sentimientos, para mostrar al Falgas escritor y pintor. Ojalá (palabra común al árabe y al español), ojalá termine pronto Falgas su novela sobre El Cairo y la podamos tener entre las manos. Ojalá. Ushâ-'llah.

BIBLIOGRAFÍA

- Falgas, José M^a: “Al-Yamahiria Libia (pinceladas a un viaje)”. Ayuntamiento de Murcia. Murcia, 1997.
- Falgas, José M^a: “El amor de la palmera”. Editorial Áglaya. Cartagena, 2003.
- Páez Burruezo, Martín: “Pintura (siglo XX). Historia de la Región Murciana, tomo X. Ediciones Mediterráneo. Murcia, 1980.
- Varios autores: “José M^a Falgas: una vida de pintor”. Editorial Godoy. Murcia, 1991.
- Varios autores: “José María Falgas, diez años de pintura (1990 – 2000)”. José Belmonte Serrano y Editorial Godoy. Murcia, 2000.